

## El cuento: un género en deuda

*Con la luz que me queda basta*

JOHN J. JUNIELES

Panamericana Editorial.

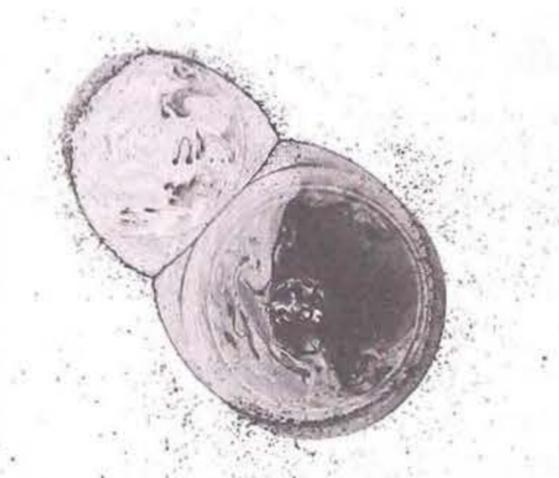
Bogotá, 2007, 231 págs., il.

CON LA luz que me queda basta me parece el bello título de un libro de relatos en general sin gracia, aunque "se deja leer". Es de John J. Junieles (Sincé [Sucre], 1970), escritor precedido ya de un cierto renombre en la literatura del país por premios como el Nacional de Cuento de la Universidad Metropolitana de Barranquilla en 2002, el Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá en 2005, y también porque en 2007 fue elegido como uno de los 39 escritores menores de 39 años más importantes de Latinoamérica (así rezaba la distinción). Junieles es al igual periodista, poeta y novelista.

Digo que es este un libro sin gracia porque, precisamente, al autor se le nota el esfuerzo por hacer que sus relatos luzcan bien y tengan gracia. Se le nota el esfuerzo por demostrar que lo que el lector tiene en sus manos es literatura, no meros cuentos. No solo cuentos escritos en buena y limpia prosa que cuenten historias atractivas, sin importar que sean (en apariencia) sencillas, como es la vida, lo cual parecen desdeñar muchos o muchos no logran porque, justamente, "lo más sencillo es lo más difícil". Entonces vienen aquí historias (de amor) que comienzan así: "Caminaba, hacía viento y llovía menudo. La noche se abría ante mí como una pregunta inagotable. De pronto la vi a través del cristal de la última ventanilla de un autobús. Me miraba. Una mirada sin adjetivos". Es difícil encontrar un párrafo con más pretensiones literarias: ¿La noche como una pregunta inagotable? ¿Una mirada sin adjetivos? Más adelante, en este relato enamorado, el cabello de Nina "caía como la lluvia por la que se reza en un verano difícil". Y al final, después de que sabemos que aquella mujer es solo un fantasma asediado por el amor, el enamorado la ve de nuevo, pero ahora la besa y la siente, y encuentra sus labios "como una fruta tibia".

El encantamiento ocurre en el cuento titulado *Una línea arriesgada* (págs. 125-130). Al autor debe parecerle que esa manera "poética" de decir ciertas cosas es mucho más bello que decir las directas con naturalidad, que es como se mueve el mundo y como se encuentra la verdadera poesía. Ella está más fácil en el sencillo transcurrir de las cosas que en los malabares del lenguaje.

Del tono nostálgico de los tres o cuatro relatos iniciales: evocaciones del abuelo, del patio y de la casa, el narrador va mostrándonos una suerte de evolución del héroe (llamémosle así) por donde pasan los amores, las aventuras de la calle, y hasta una inverosímil y muy ingenua (¿es lo mismo?) historia policial con Santiago, el periodista que nos encontramos en varias narraciones: una trama de periodista, asesino, detective y muertos que imita muy mal a Rubem Fonseca. El humor cínico del brasileño no es más que caricatura en el de Sucre.



El mismo periodista, en *Nuestra Señora del amor furtivo*, entabla una larga conversación-entrevista con Kenya, prostituta cara y fina a quien frecuentan gordos platudos y políticos babosos. El desarrollo del relato no es más que esa conversación llena de lugares comunes, tema trillado en composiciones sin interés, agudeza ni humor (o de un pretendido humor sin chispa), de este estilo:

—¿Por qué cree que los hombres pagan a una mujer para acostarse con ella?

—Parece tonto preguntarlo, yo tengo mi opinión. Pero aquí la que importa es usted.

—Para acostarse siempre pagan. Un romance, un matrimonio, cualquier aventura con una cajera de almacén siempre cuesta, aunque sea de

una forma muy subterránea. Quiero decir que ambos pueden creer que están juntos solo por lo que sienten, pero siempre hay dinero rondando. El amor son cafés, vino, cine, helados, taxis, rosas, chocolates, anillos, fines de semana en ambientes cálidos... A nosotras nos pagan porque, además de ser agradables para ellos, jamás hacemos preguntas ni reproches.

Expresiones triviales, ninguna gracia (los dos guiones que señalan la intervención del mismo periodista es un error incomprensible del autor). Al final, tal vez para justificar todo el so-so diálogo presentado como un cuento o relato, el autor deja entrever que los dos personajes mutarán de papeles: de cazador y presa (periodísticos), pasarán a enamorados. Otro dudoso hallazgo.

*El vaquero solitario* es al igual una narración adolescente, sin malicia, sin hondura narrativa. La historia (¿edificante?) de un muchacho que se enrola en las consabidas pandillas pendencieras y "malosas" de colegio "probando finura" para ganarse los favores de la muchacha de turno. Una vez más puros lugares comunes. Al final, su verdugo y posterior jefe cae en bancarrota y el "muchacho", airoso, decide dejarlo todo y enderezar su vida, al lado, sin duda, de su chica. Relatos así, planos, predecibles y muy ingenuos pueblan este libro. No se ve aquí una tradición bien asimilada, influencias que soporten de buena manera la nueva voz de un narrador potente. La idea, loable, del autor Junieles es construir una saga por la cual camina su personaje, iniciándose en los recuerdos de su niñez, entrándose en la vida de aventuras del colegio, del trabajo posterior de periodista, riesgos y desengaños y, al final, el agobio de las rutinas, el abandono de todo, la sinrazón y también una luz, cualquier esperanza de seguir tras algún amor... en fin.

Es generoso, y está lejos de la realidad, me parece, Jorge García Usta cuando en el comentario de contracarátula dice que "Cuando Junieles descubrió que la desolación monosilábica de su abuelo o las ceremonias repetitivas de sus tías tenían un poder lírico tan revelador como el de una frase de Carver, su poesía comenzó

a apoderarse de un dominio personal verdadero". La alusión a Carver en el inicio de ese comentario es francamente injusto y gratuito. El poder lírico del estadounidense está en la desnudez y la capacidad cortante de su prosa, no en las maromas de su lenguaje.

Al terminar de leer el libro me asalta la pregunta de porqué se publican obras como esta. Editar libros no puede ser una obligación para nadie, ni autores ni editores. El mundo no se acaba porque haya menos libros, y en cambio la literatura sí gana mucho si unos y otros son conscientes y son rigurosos al tomar la decisión de sacar a la luz una novela o una colección de cuentos o de poemas. A un autor no le deben bastar el entusiasmo momentáneo que le producen sus textos, ni el ánimo solidario que le pueden dar sus amigos. El escritor tendría que meter la cabeza en un balde de agua fría y dejar que pase un tiempo, un buen tiempo. Tendría que pensar si lo que ha escrito y quiere publicar le contribuirá en algo al torrente de la literatura, pero ante todo al torrente de la buena literatura. Las influencias hay que honrarlas y no malbaratarlas. Los maestros deben ser sombras implacables y que infunden temor sin llegar a paralizar. Pero no se puede creer que la sola lectura de los buenos escritores da la autoridad suficiente para escribir como ellos. Hay que exorcizarlos imitándolos a la perfección para luego olvidarlos. O para revertir lo aprendido con ellos en una manera, ahora sí, personal de decir lo propio, de contar la vida desde este otro lado.

Aunque lo anterior sea una recomendación y un veredicto (o sermón) que nadie me ha pedido, no he visto una forma distinta de cerrar una reseña como esta que, tal vez lo he dicho antes en otro lugar, no es una experiencia grata porque tiene poco de rescate de la obra que comento. Lo que uno quiere siempre con ahínco es que los libros que caen en nuestras manos sean buenos libros, que uno disfrute como lector, ante todo, no tanto como crítico, y mucho menos como crítico mala leche, esa ingrata figura. Pero entrado en gastos, no hay más que hacer que ser sinceros y decir humildemente lo que provoca el libro echando mano de lo que uno ha

aprendido en tantos años de lecturas y de abrazos con la literatura.

Luis Germán Sierra J.

## Soñar menos y escribir más

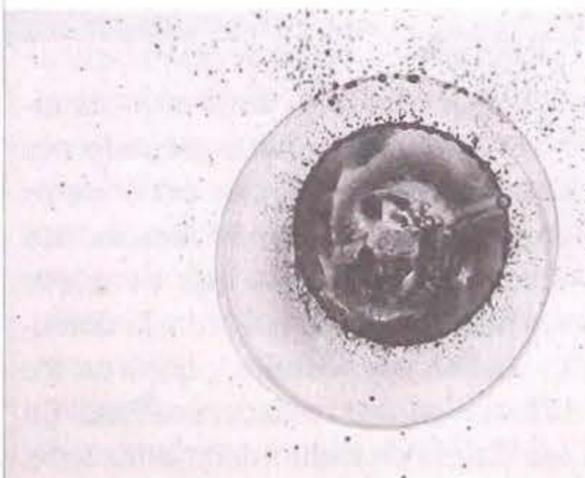
### *Historia de un hombre que soñó*

JOSÉ IGNACIO ESCOBAR

Hombre Nuevo Editores.

Medellín, 2010. 145 págs.

PARA EVIDENCIAR, de entrada, cómo son de redundantes y flojos –en el sentido no de sueltos, sino de faltos de solidez– los cuentos del libro *Historia de un hombre que soñó*, de José Ignacio Escobar, cito un aparte de su también obvio comentario de contraportada sobre las supuestas bondades de los relatos de adentro: "[...] Las historias presentan sueños a realizar, pero sus protagonistas deben antes pasar por algunas pruebas para alcanzar los objetivos. Algunos logran arribar al culmen de la vida bajo soledades inconformes; otros apenas empiezan a descubrirse como parejas [...]". De este comentario, sin firma pero sin duda del mismo autor, se desprende el espíritu de los cuentos. Aquella manera de decir que 'Algunos (protagonistas) arriban al culmen de la vida' no es más que la redundancia que hay en toda esta narrativa.



Es ingenuo este libro –como es ingenua toda la literatura por el estilo– porque deja ver que su autor parte de la premisa básica de contar en forma muy juiciosa, digamos, sus historias, para con ello dar cuenta de unos buenos relatos. Las narraciones transcurren llenas de datos innecesarios,

obvios y "bien intencionados", es decir, lo que, sin mucho cacumen de por medio, puede señalarse como, precisamente, lo que menos necesita un buen cuento. Este, a mi entender, debe ser conciso y sostener, mediante un lenguaje eficiente y diálogos creíbles y certeros, una tensión hasta el final, un desenlace sorprendente. Sorprendente, vale decir, no necesariamente significa asombroso o inesperado: también es misterioso, enigmático o ambiguo. En este libro los desenlaces vienen "cantados" o llegan flácidos, sin vigor.

El autor decide un tema: el viaje, y desde allí construye diversas historias protagonizadas por familias, parejas, o algún solitario, como en el caso de *El paraíso perdido*, en el cual el hombre, cansado de su casa y su familia, decide ocultarse en el campo y llevar allí una vida casi de ermitaño, aunque dedicado a la bebida y a escribir lo que piensa. Su hija, narradora que reconstruye la historia, encuentra el manuscrito cuando el hombre muere y nos da varios fragmentos, comparándolos a veces con *El Quijote*, especulando con ideas literarias tan ingenuas como lo ya anotado (a pesar de que es ficción, el contexto de las referencias literarias no están puestas aquí a manera de ironías de nada: quieren ser serias, pero no son más que ingenuas, de nuevo). Me da la impresión de que el nivel literario y de escritura de estos relatos no supera el de un curso de redacción en una clase de español. Tan planos y tan "pensados" son. Como si su autor no hubiera leído buenos cuentos en su vida, como si no tuviera algunos de aquellos referentes tan necesarios para escribir. O para callarse y esperar. Las descripciones de sus personajes son inocentes y carecen de detalles que llamen verdaderamente la atención o entreguen alguna clave respecto a lo que ocurre en la trama, algo que deje sospechas acerca del desenlace. No hay ninguna gracia ni ninguna pericia en las descripciones de lugares, personajes y objetos. Dicha descripción no ahonda para nada en las características psicológicas de unos personajes que, entonces, dicen cosas más o menos insulsas en contextos igual de anodinos, pero, eso sí, tratando de ser "interesantes", como esto: